

## AGENDA CIUDADANA

### BUENA PARA DESTRUIR MALA PARA RECONSTRUIR, LA POLITICA Lorenzo Meyer

Desproporcionado.- La política no es el único campo de la actividad humana en que existe una natural falta de equilibrio o asimetría, pero es ahí donde se observan algunos de los efectos más desafortunados de una desproporción sistemática entre la relativa facilidad con que una decisión o acción puede echar por tierra equilibrios, debilitar instituciones o crear conflictos e ingobernabilidad, y lo difícil, incierta y lenta que suele ser para reparar daños, resolver de manera positiva contradicciones y, sobre todo, recuperar la gobernabilidad. En suma, una de las características del juego del poder ha sido, justamente, una desproporción entre sus capacidades negativas y positivas. ¿Un ejemplo dramático?: dado lo inestable del balance europeo del poder en 1914, la decisión de la sociedad secreta “Mano Negra” y del joven nacionalista serbio Gavrilo Princip de asesinar al archiduque Francisco Fernando, heredero del trono de Austro-Hungría, desembocó en un abrir y cerrar de ojos en la I Guerra Mundial. Tras millones de muertos se dio forma a una paz imperfecta que, a su vez, llevó a una II Guerra Mundial mucho más destructiva que la primera.

La experiencia mexicana también muestra la relativa rapidez con que ciertas decisiones, acciones y procesos propios de las relaciones de poder, han destruido un orden existente —siempre un orden injusto, desde luego— y lo lento, difícil y deficiente que el nuevo poder político ha sido para rehacer la gobernabilidad y conducir al país a un estadio superior. Origen y resultado de esa peculiaridad del poder político, ha sido también la naturaleza de la clase política

que lo ha ejercido; como conjunto, sus miembros han mostrado una tendencia sistemática al abuso y la ausencia de grandeza, a anteponer sus intereses personales y de facción a los de la colectividad. Por ello a nadie sorprende que las encuestas de opinión muestren que el público tiene en muy poca estima a los políticos y a la política.

En México, la experiencia actual o histórica con su clase política –desde los síndicos, presidentes municipales, gobernadores, hasta los legisladores, dirigentes de partido, magistrados, secretarios de Estados, alta burocracia y, desde luego, presidentes--, muestra que en ese grupo dominan personalidades muy poco atractivas como seres humanos y que con frecuencia son un verdadero catálogo de patologías, como se ve con varios de los expresidentes que aún viven. Y cuando de tarde en tarde surge un hombre público con un real sentido del deber, su tarea es generalmente sabotada por la acción negativa y la mediocridad del resto de los componentes de la estructura de poder.

Ejemplo I, el Siglo XIX.- Es verdad que para 1810 el viejo sistema de control desarrollado por la corona española en la Nueva España –y en casi todo su imperio americano— mostraba deficiencias y resquebrajaduras serias, y que la invasión napoleónica de la Península Ibérica en 1808 simplemente agravó las deficiencias de la estructura colonial, pero nadie, ni siquiera sus autores, imaginaron la magnitud del desastre que ocurriría en México cuando en 1810 en El Bajío se lanzó el grito de rebelión general.

Un sistema colonial como el mexicano, que había sido construido a lo largo de tres siglos, que había resistido incluso las tensiones desatadas por la reforma dictada desde arriba por los Borbones, casi se vino abajo en unas cuantas

semanas, como resultado de la rebelión encabezada por un puñado de criollos en el rico centro agrícola y minero del virreinato. En su origen, la conspiración de los criollos de Querétaro estaba planeada como un golpe rápido que se mantendría dentro de una esfera social muy limitada: la de las propias clases dominantes. Sin embargo, cuando Miguel Hidalgo y sus allegados vieron que habían sido denunciados y estarían “perdidos sin remedio” si no pedían el auxilio de las clases populares, iniciaron un sorpresivo y espectacular incendio social que, en cuestión de días, se convirtió en una feroz guerra de clases y razas que poco tuvo que ver con la idea original de independencia de la élite ilustrada y mucho con un resentimiento acumulado en la base de la sociedad.

Iniciar la rebelión en 1810 fue algo muy rápido, pero recrear la gobernabilidad tomó decenios. Con un uso brutal del poder disponible, el jefe español, Félix María Calleja, pudo organizar la defensa exitosa del orden establecido, detener primero y casi extinguir el fuego de la insurgencia al cabo de varios años de batallar, pero a costa de miles de vidas, de la destrucción de pueblos enteros –sus habitantes fueron pasados a cuchillo, quemadas las casas, destruidos sus medios de vida-- y del estancamiento de la economía. El antiguo orden nunca se recuperó y la convivencia entre la minoría europea y criolla y la mayoría india y mestiza, se tiñó de sospechas y odios que ya no desaparecieron. Cuando, tras diez años de lucha, la restauración del orden parecía inevitable, las maniobras de un jefe militar realista –el criollo Agustín de Iturbide— desembocaron rápidamente en un acuerdo para hacer la independencia, pero el sueño de Iturbide de encabezar un Imperio Mexicano duró lo que un suspiro. El desmoronamiento del orden político y social colonial prosiguió en el nuevo

**México, pero la lucha principal ya no fue entre mexicanos y españoles --aunque en Veracruz y Tamaulipas aún se tuvieron que combatir los últimos intentos de reconquista— sino de la sociedad contra los bandidos, del gobierno central contra la periferia federalista y caciquil, de los ideólogos liberales contra los conservadores y la Iglesia Católica, etcétera.**

**Esa descomposición imparable del orden político mexicano en la primera mitad del siglo XIX, se dio al lado del ascenso constante del poder del país vecino del norte, y esa diferencia de desarrollos, propició la desastrosa guerra del 47 entre México y Estados Unidos, y concluyó en la pérdida de la mayor parte de lo que había sido la América Septentrional Española. El intento posterior de reestructurar lo que quedaba bajo la tutela francesa, terminó en otro rotundo desastre. Sólo después de 1867 y tras una gran sangría, México pudo conseguir la gobernabilidad. Ese proceso maduró y llevó a avances notables durante la segunda o tercera presidencia de Porfirio Díaz. Sólo entonces, setenta años después de que la chispa prendida por Hidalgo hiciera estallar el orden colonial mexicano, se pudo hablar de un orden nuevo, de la existencia de un Estado Mexicano real y de crecimiento económico.**

**En suma, la destrucción del tejido político a partir de septiembre de 1810 fue un proceso rápido, pero su reconstrucción resultó tremendamente difícil, lenta e imperfecta. En efecto, esa reconstrucción y avance, aunque impresionantes en muchos aspectos, no se hicieron respetando el marco legal-formal. El Porfiriato no fue el triunfo de la democracia sino de un orden oligárquico al que se puede calificar como una dictadura liberal. Y en esa contradicción estaba la semilla del nuevo caos.**

Ejemplo II, el Siglo XX.- Como cien años atrás, en 1910 pocos esperaban que el gran edificio político que el presidente Porfirio Díaz había construido a lo largo de treinta años --y que orgullosamente mostró al mundo durante las llamadas “Fiestas del Centenario”--, se viniera abajo con la rapidez y contundencia con que lo hizo. Como la de Hidalgo, la rebelión iniciada por Francisco Madero se puede caracterizar como un sorprendente y exitoso llamado a la rebelión popular hecho por un joven e idealista oligarca del norte en nombre de la democracia. La acción maderista tardó un poco más en prender que la encabezada un siglo atrás por el párroco de Dolores, pero el resultado final fue muy parecido y México volvió a perder gobernabilidad y a sumirse en una lucha feroz dentro de sí mismo. Tras los primeros diez años, entre muertos --por la guerra civil, el hambre y las enfermedades-- y emigrados, el censo reportó un millón de mexicanos menos, a los que habría que añadir los que hubieran aparecido como resultado del crecimiento natural y ya no aparecieron.

Hay que reconocer que en esta segunda etapa de destrucción acelerada y reconstrucción lenta, la gobernabilidad se recuperó en menos tiempo que en la primera. En efecto, el año de 1929 puede ser tomado como el principio del nuevo orden político, pues fue entonces cuando se fundó el PRI (entonces PNR), concluyó la guerra cristera y se aplastó el último gran levantamiento dentro del ejército revolucionario. La destrucción económica fue menor que la del siglo XIX, aunque el proceso de crecimiento sólo volvería a recuperar el dinamismo perdido hasta que la conclusión de las reformas revolucionarias coincidió con el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En suma, esta segunda vez México requirió de veinte años para recuperar estabilidad y gobernabilidad y treinta la dinámica económica.

Y como en el pasado, el nuevo arreglo político volvió a sufrir de una contradicción sistemática entre el marco jurídico –el de la Constitución semi liberal y democrática de 1917— y la forma como efectivamente se ejerció el poder: partido de Estado y Poder Ejecutivo sin contrapesos. Y esa contradicción daría lugar a un nuevo conflicto entre democracia y autoritarismo.

Ejemplo III.- El Cambio Semipacífico y el inicio del Siglo XXI.- La tercera ruptura del orden establecido, la que culminó con la elección del 2 de julio del 2000 y la derrota del partido de Estado, tuvo en su inicio una característica diferente al pasado. En efecto, el proceso para desgarrar el cerrado tejido autoritario elaborado por el PRI no tuvo la rapidez de los que se iniciaron en 1810 o 1910 pero al final tampoco requirió de una catástrofe para lograrlo. Si se toma la tragedia de 1968 como el principio del fin del régimen postrevolucionario, entonces resulta que si bien muchos opositores cayeron a lo largo de esos más de tres decenios, y que hubo varios intentos de rebelión –desde Ciudad Madera en 1965 hasta las cañadas de Chiapas en 1994 y el EPR en la actualidad— ninguna adquirió carácter nacional. El triunfo de las fuerzas de oposición –que nunca lograron actuar coordinadas— se obtuvo, básicamente, mediante una labor cuyo ritmo fue marcado, sobre todo al final, por el calendario electoral.

Fueron movimientos de la izquierda –desde los estudiantes del 68 y del 71, pasando por la guerrilla urbana y la rural, el neocardenismo hasta el neozapatismo--, pero también del centro y de la derecha democrática –el navismo de San Luis Potosí, el panismo de Chihuahua, el neopanismo y el foxismo--, los que en conjunto desalojaron al PRI de “Los Pinos” y abrieron la puerta a la transición, aunque finalmente correspondería a Vicente Fox, a su círculo interno y

al PAN, tomar el poder por medio del voto y sin necesidad de destruir por entero la gobernabilidad.

La Incógnita.- Una vez logrado el cambio formal de una manera sin precedentes en México, ¿cómo afecta eso a la construcción del nuevo orden y la recuperación de la gobernabilidad? Se podría suponer que justamente porque esta vez el cambio fue lento, sin la combinación de sorpresa y violencia del pasado, la construcción de la nueva normalidad también podría ser diferente, hacerse rápido y sin tener que experimentar períodos de caos e incertidumbre aguda.

Es posible que la nueva estabilidad y, sobre todo, el avance en el proceso de recuperación de la gobernabilidad se haga de manera expedita, pero no hay ninguna certeza de que sea tan rápido como se supuso mientras duró la euforia producto del desalojo pacífico del PRI de “Los Pinos”. Y volvemos entonces al punto de partida: la dificultad de la acción política para construir y arreglar. Hoy el gobierno encabezado por aquellos que vencieron al PRI en el 2000, no pareciera tener la capacidad para superar el obstáculo que le representa la oposición de lo que ha quedado del PRI, y que se ha atrincherado en el Congreso, una institución que ayer no era nada y hoy tiene la posibilidad (¿y voluntad?) de agudizar ingobernabilidades.

Esta vez la sociedad mexicana no ha tenido que experimentar ningún tipo de desastre similar a los que en el pasado siguieron a los cambios del sistema político. El orden se mantiene, pero degradado, la economía está estancada, la inseguridad en calles y campos avanza, la corrupción anterior sigue impune y la actual persiste, la acción contra la pobreza es inefectiva y las grandes reformas

**brillan por ausencia. En suma, se confirma la gran dificultad de la política para construir un nuevo orden y recuperar y afianzar la gobernabilidad así como la urgencia de encontrar una salida. No podemos volver a perder el tiempo histórico.**